TERRORISMO YIHADISTA CONTEMPORÁNEO

EVOLUCIÓN HACIA MODELOS HÍBRIDOS Y DESCENTRALIZADOS

Dr. Francisco Javier Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: https://orcid.org/0000-0002-9306-2125

INTRODUCCIÓN

El terrorismo yihadista contemporáneo ha atravesado en las dos últimas décadas un proceso de transformación organizativa profundo, que ha supuesto el tránsito desde modelos fuertemente jerarquizados y centralizados hacia configuraciones mucho más flexibles, descentralizados e incluso híbridos. Esta evolución ha sido ampliamente analizada en la literatura académica sobre terrorismo y seguridad internacional, especialmente a partir del impacto que tuvieron los atentados del 11 de septiembre de 2001 como punto de inflexión en el estudio del fenómeno (Hoffman, 2006; Sageman, 2008).

En sus primeras etapas contemporáneas, organizaciones como Al-Qaeda y, posteriormente, el autodenominado Estado Islámico (ISIS) presentaban estructuras relativamente definidas, con cadenas de mando claras, procesos

de planificación estratégica centralizados y una capacidad operativa coordinada a escala transnacional. Sin embargo, la creciente presión ejercida por dispositivos militares, policiales y de inteligencia a nivel global ha contribuido de forma progresiva a la erosión de estos modelos organizativos, favoreciendo su fragmentación y reduciendo la capacidad de control directo sobre los distintos actores afiliados o inspirados por estas organizaciones (Lia, 2015).

De forma paralela, el desarrollo y la expansión de Internet, junto con el auge de las redes sociales, han modificado sustancialmente los mecanismos de radicalización y captación. En la actualidad, la circulación de narrativas ideológicas y propagandísticas puede producirse de manera rápida y masiva sin necesidad de contacto físico ni vinculación formal con estructuras organizativas consolidadas. Este contexto digital ha facilitado la aparición de individuos radicalizados de manera autónoma —los denominados "lobos solitarios"— así como de pequeñas células autónomas que operan con escasa o nula dirección procedente de centros de mando tradicionales (Sageman, 2008; Nesser, 2015).

En este escenario, el modelo híbrido se ha ido consolidando como una de las formas más representativas del terrorismo yihadista contemporáneo. Dicho modelo articula de manera simultánea elementos residuales de estructuras jerárquicas con redes descentralizadas e individuos auto-radicalizados, dando lugar a un ecosistema terrorista difuso, altamente adaptable y de difícil anticipación. Según Europol (2023), esta combinación de lógicas organizativas incrementa notablemente la complejidad de las tareas de detección temprana, seguimiento y neutralización de posibles amenazas.

Las consecuencias en el ámbito criminológico y de la seguridad son especialmente relevantes, ya que la ausencia de una estructura central claramente identificable dificulta tanto la atribución de responsabilidades como la infiltración efectiva de estas redes. Como resultado, los Estados se enfrentan a nuevos retos en materia de prevención, análisis de inteligencia y persecución penal, lo que exige enfoques más integrados e interdisciplinarios, con especial atención al análisis de redes, el entorno digital y los procesos individuales de radicalización (Hoffman, 2006; Nesser, 2015).

En síntesis, el terrorismo yihadista actual debe ser comprendido como un fenómeno dinámico y en constante evolución, cuya principal característica es su notable capacidad de adaptación organizativa, así como su progresiva tendencia hacia la descentralización operativa.

EVOLUCIÓN DEL TERRORISMO YIHADISTA: DE LA CENTRALIZACIÓN A LA FRAGMENTACIÓN

La evolución histórica del terrorismo yihadista pone de manifiesto un proceso de transformación gradual, pero sostenido, que ha ido desde estructuras altamente centralizadas hacia formas progresivamente más fragmentadas, hasta desembocar en configuraciones híbridas y organizadas en red. Este itinerario evolutivo no puede entenderse únicamente como un desarrollo interno de estas organizaciones, sino también como el

resultado de su capacidad de adaptación estratégica frente a la presión continuada ejercida por las políticas antiterroristas internacionales desplegadas desde finales del siglo XX (Hoffman, 2006).

En su etapa inicial de carácter marcadamente centralizado, aproximadamente comprendida entre la década de 1980 y los primeros años del siglo XXI, el terrorismo yihadista se articulaba en torno a organizaciones jerárquicas con una estructura interna claramente definida. Estas entidades disponían de liderazgos consolidados, cadenas de mando relativamente estables, infraestructuras de adiestramiento bien establecidas, mecanismos de financiación organizados y una notable capacidad de planificación y coordinación operativa a escala transnacional. En este marco, Al-Qaeda se consolidó como el referente paradigmático, especialmente durante la década de 1990 y los primeros años 2000, al lograr coordinar atentados de gran impacto bajo una dirección estratégica relativamente unificada (Sageman, 2008).

El punto de inflexión más significativo se produce tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, cuando la respuesta internacional articulada en torno a la denominada “guerra global contra el terrorismo” intensificó de manera considerable la presión militar, policial y financiera sobre estas estructuras. La eliminación de figuras de liderazgo clave, la desarticulación de bases logísticas y la interrupción de canales de financiación debilitaron de forma sustancial su capacidad operativa global. Como consecuencia directa de este proceso, se aceleró la descentralización en la toma de decisiones, se incrementó la autonomía de las células locales y se fue consolidando progresivamente un modelo de radicalización basado en la inspiración ideológica a distancia, menos dependiente de vínculos jerárquicos formales y más vinculado a dinámicas de autoorganización (Lia, 2015).

En una fase posterior, situada aproximadamente entre 2014 y 2019, la irrupción del autodenominado Estado Islámico (ISIS) introdujo una nueva configuración de carácter híbrido. En este periodo coexistieron, por un lado, el control territorial efectivo en amplias zonas de Siria e Irak y, por otro, una estrategia global de comunicación digital orientada a la expansión ideológica, la propaganda y el reclutamiento transnacional. Este modelo combinaba elementos propios de estructuras cuasi estatales con dinámicas características de redes descentralizadas, lo que permitió ampliar significativamente su influencia más allá de los territorios físicamente controlados (Weiss & Hassan, 2015). No obstante, la pérdida progresiva de dicho control territorial contribuyó nuevamente a la dispersión de sus estructuras, favoreciendo su transformación en redes más difusas y en actores individuales o pequeños grupos autónomos.

En este contexto, el terrorismo yihadista contemporáneo ha evolucionado hacia una lógica organizativa en red cada vez más consolidada, caracterizada por la descentralización operativa, la externalización del acto terrorista hacia individuos sin vinculación formal con las organizaciones y la creciente digitalización de los procesos de radicalización. En primer lugar, la descentralización operativa permite la ejecución de atentados sin una conexión directa con mandos superiores, lo que dificulta la trazabilidad de las decisiones. En segundo lugar, la externalización implica que determinados individuos asumen e interiorizan la ideología sin necesidad de perte-

-nencia organizativa formal, actuando de manera autónoma.

La digitalización ha transformado profundamente el ecosistema de radicalización, facilitando el acceso remoto a propaganda, el reclutamiento global y la autoformación ideológica, lo que consolida un modelo organizativo altamente flexible, adaptativo y especialmente complejo de neutralizar desde las políticas de seguridad tradicionales.

EL MODELO HÍBRIDO EN EL TERRORISMO CONTEMPORÁNEO

El denominado modelo híbrido se ha consolidado como una de las principales categorías analíticas para la comprensión de la configuración contemporánea del terrorismo yihadista. Dicho enfoque se sustenta en la coexistencia funcional de elementos organizativos parcialmente centralizados con dinámicas de carácter marcadamente descentralizado, configurando así una morfología compleja, altamente flexible y en permanente proceso de adaptación. En contraposición a los esquemas organizativos jerárquicos de naturaleza clásica, este modelo propone una arquitectura difusa y reticular, en la que se articulan distintos grados de vinculación entre sujetos individuales, unidades reducidas de actuación y entornos de socialización ideológica mediados por plataformas digitales (Hoffman, 2006; Nesser, 2015).

En este contexto doctrinal, el debate contemporáneo se estructura en torno a la denominada hipótesis del "terrorismo sin centro", conforme a la cual la ausencia de una estructura jerárquica claramente identificable sustituiría a los modelos organizativos tradicionales de carácter vertical. No obstante, la evidencia empírica y la literatura especializada permiten sostener una interpretación más matizada, en la que no se aprecia una desaparición de las organizaciones terroristas en sentido estricto, sino su progresiva mutación hacia fórmulas organizativas más difusas, adaptativas y funcionalmente descentralizadas (Hoffman, 2006).

Dentro de esta reconfiguración estructural adquiere especial relevancia el fenómeno de los denominados "lobos solitarios", entendidos como sujetos que ejecutan actos violentos sin una vinculación operativa directa con organizaciones terroristas formalmente constituidas. Sin perjuicio de dicha aparente autonomía operativa, debe precisarse que estos individuos suelen hallarse inmersos en procesos de radicalización ideológica desarrollados, en gran medida, en entornos digitales, lo que impide considerar su actuación como completamente desvinculada de marcos narrativos globales. En consecuencia, aun cuando la materialización de la conducta delictiva revista carácter individual, subsisten conexiones indirectas con discursos de alcance transnacional asociados al yihadismo contemporáneo (Sageman, 2008).

De forma complementaria, las denominadas microcélulas autónomas constituyen otro de los elementos estructurales característicos del modelo analizado. Estas unidades, integradas habitualmente por pequeños grupos de entre dos y cinco miembros, desarrollan su actividad mediante mecanismos de coordinación interna, si bien carecen de una estructura jerárquica formalizada o de una cadena de mando estable. Su operatividad se

fundamenta en la autoorganización, la afinidad ideológica y la planificación descentralizada de sus acciones, circunstancias que incrementan de manera significativa la dificultad de su identificación, seguimiento e interceptación por parte de los sistemas de inteligencia y seguridad del Estado (Lia, 2015).

Asimismo, adquieren relevancia las redes ideológicas transnacionales, configuradas como ecosistemas digitales de naturaleza interconectada que operan a través de múltiples plataformas de comunicación en línea. Si bien dichas redes no ejercen necesariamente una dirección operativa directa sobre actuaciones concretas, desempeñan funciones esenciales en la difusión, reproducción y consolidación de narrativas ideológicas, así como en la construcción de identidades colectivas y en la circulación de material propagandístico. Entre dichos contenidos se incluyen desde discursos de carácter simbólico hasta manuales operativos y material de incitación a la violencia. Paralelamente, estas redes cumplen una función estructurante en la generación de espacios de pertenencia virtual, que pueden sustituir o complementar los mecanismos tradicionales de integración organizativa.

Desde una perspectiva sistémica, el terrorismo yihadista contemporáneo debe ser comprendido como un fenómeno de elevada plasticidad estructural, caracterizado por una notable capacidad de adaptación. Lejos de responder a modelos organizativos rígidos o estables, se configura como un sistema dinámico susceptible de reconfiguración ante la pérdida de liderazgos, la desarticulación de unidades operativas o la presión continuada de los dispositivos estatales de seguridad. Esta capacidad de resiliencia organizativa constituye un elemento explicativo central de su persistencia en el escenario internacional, incluso en contextos de intensificación de la cooperación antiterrorista (Lia, 2015).

En términos generales, resulta metodológicamente más adecuado conceptualizar el terrorismo yihadista contemporáneo como un ecosistema distribuido de naturaleza reticular, en lugar de como una organización jerárquica de estructura convencional. En dicho ecosistema coexisten e interactúan de forma dinámica actores individuales, microestructuras autónomas y redes ideológicas interconectadas, sin que necesariamente concurra una instancia central de dirección unívoca. Esta aproximación analítica permite explicar, de manera más precisa, tanto su elevada capacidad de adaptación como su resiliencia funcional, así como las limitaciones inherentes a las estrategias exclusivamente centradas en la desarticulación de estructuras organizativas visibles.

EL FENÓMENO DEL “LOBO SOLITARIO”

Este fenómeno se ha consolidado como una categoría de especial relevancia en la criminología contemporánea y en el análisis del terrorismo yihadista, tanto por su creciente incidencia operativa como por los importantes retos que plantea para los sistemas de seguridad pública. Este concepto se utiliza para describir a individuos que perpetran actos de violencia de manera aparentemente autónoma, sin pertenecer de forma formal a una organización terrorista ni mantener vínculos operativos directos con estructuras jerárquicas tradicionales (Hoffman, 2006). Entre sus rasgos más característicos destaca, en primer lugar, la actuación individual, lo que im-

-plica que la planificación, preparación y ejecución del ataque recae fundamentalmente en una sola persona, sin apoyo logístico directo procedente de redes organizadas. A ello se suma la existencia de procesos de radicalización generalmente progresivos, que en numerosos casos se ven facilitados por el acceso a entornos digitales. En estos espacios, los individuos consumen contenidos ideológicos, material propagandístico y narrativas que legitiman o justifican el uso de la violencia. Otro elemento especialmente relevante es su reducida previsibilidad, ya que la ausencia de comunicación directa con estructuras organizadas dificulta de manera significativa su detección temprana por parte de los servicios de inteligencia y de las fuerzas de seguridad, incrementando así el riesgo de ataques repentinos o de difícil anticipación (Sageman, 2008).

No obstante, la literatura especializada ha puesto en cuestión la precisión y utilidad analítica del término “lobo solitario”, subrayando diversas limitaciones tanto conceptuales como empíricas. En este sentido, múltiples investigaciones han evidenciado que una proporción considerable de estos individuos no actúa en un aislamiento absoluto, sino que mantiene distintos tipos de vínculos —ideológicos, simbólicos o incluso virtuales— con comunidades extremistas presentes en el entorno digital. Desde esta perspectiva, la radicalización difícilmente puede entenderse como un proceso estrictamente individual, ya que suele estar mediada por la interacción con contenidos propagandísticos estructurados y con redes en línea que difunden marcos interpretativos compartidos y reforzados colectivamente (Nesser, 2015).

Asimismo, se ha constatado que estos actores pueden verse influidos de manera indirecta por organizaciones terroristas a través de material difundido en plataformas digitales, sin necesidad de establecer ningún tipo de contacto personal o comunicación directa. Esta realidad ha llevado a algunos autores a proponer una revisión terminológica, sugiriendo la sustitución del concepto de “lobo solitario” por el de “actor individual radicalizado”, con el objetivo de reflejar con mayor precisión la existencia de influencias externas en sus procesos de radicalización y en la construcción de justificaciones ideológicas para el uso de la violencia.
En términos generales, este fenómeno pone de relieve la complejidad del terrorismo contemporáneo, en el que la aparente individualidad del ejecutor no implica necesariamente un aislamiento ideológico real. Por el contrario, estos actores suelen insertarse, de forma más o menos difusa, en un ecosistema comunicativo global que facilita la circulación de narrativas extremistas y que redefine de manera sustancial los límites tradicionales entre lo individual y lo colectivo en el marco de la violencia yihadista actual.

FACTORES QUE EXPLICAN LA DESCENTRALIZACIÓN

La descentralización del terrorismo yihadista contemporáneo debe entenderse como el resultado de la convergencia de múltiples factores interrelacionados que han modificado de manera profunda tanto sus estructuras organizativas como sus modalidades de actuación. Lejos de constituir un fenómeno aislado o coyuntural, este proceso responde a una lógica de adaptación estratégica frente a las transformaciones del entorno de seguridad, tecnológico y sociopolítico a escala global (Hoffman, 2006).

En primer lugar, la intensificación de la presión antiterrorista internacional ha desempeñado un papel fundamental en la progresiva fragmentación de las organizaciones jerárquicas tradicionales. Desde comienzos del siglo XXI, las operaciones militares, policiales y de inteligencia desplegadas de forma coordinada a nivel internacional han debilitado de manera significativa la capacidad operativa de grupos como Al-Qaeda o el autodenominado Estado Islámico (ISIS). Este debilitamiento se ha materializado en la eliminación de líderes relevantes, la desarticulación de redes logísticas complejas y la interrupción de canales de financiación. Como consecuencia de esta presión sostenida, se ha incentivado la transición hacia configuraciones organizativas más dispersas y menos visibles, en las que los modelos fuertemente centralizados han dejado de ser viables como estrategia de supervivencia a largo plazo (Lia, 2015).

En segundo lugar, el desarrollo acelerado de las tecnologías digitales y la expansión global de las redes sociales han contribuido de forma decisiva a la configuración de nuevos mecanismos de radicalización, comunicación y coordinación. El entorno digital contemporáneo facilita el uso de comunicaciones cifradas, la difusión masiva y prácticamente instantánea de propaganda ideológica y la captación de individuos sin necesidad de contacto físico directo. Esta transformación ha reducido de manera considerable las barreras geográficas, logísticas y operativas tradicionales, favoreciendo la emergencia de comunidades virtuales que, en muchos casos, sustituyen o complementan las estructuras organizativas físicas convencionales (Weimann, 2016).

En tercer lugar, las propias organizaciones yihadistas han demostrado una notable capacidad de adaptación estratégica frente a la presión externa y la pérdida de recursos. Ante la eliminación de liderazgos, la pérdida de control territorial o la fragmentación de sus estructuras, han evolucionado hacia modelos organizativos más resilientes, en los que la descentralización operativa desempeña un papel clave para garantizar la continuidad del fenómeno. Este tipo de configuración permite que la neutralización de determinados nodos o células no suponga necesariamente el colapso del conjunto de la red, sino que, por el contrario, favorezca su reconfiguración y persistencia en formas más difusas y adaptativas (Nesser, 2015).

Por todo ello, es necesario considerar el papel de los factores sociopolíticos como contextos que pueden favorecer, de manera indirecta, los procesos de radicalización. Elementos como los conflictos armados prolongados, las crisis identitarias, las dinámicas de exclusión social o la existencia de vulnerabilidades estructurales en determinados entornos pueden contribuir a la internalización de narrativas extremistas por parte de ciertos individuos. Si bien estos factores no determinan de forma automática la radicalización, sí pueden generar condiciones de susceptibilidad que facilitan la recepción y asimilación de discursos ideológicos radicales en contextos específicos.

En conjunto, la descentralización del terrorismo yihadista contemporáneo debe interpretarse como el resultado de la interacción compleja entre la presión internacional en materia de seguridad, la innovación tecnológica, la capacidad de adaptación organizativa de los propios grupos y la existencia de factores estructurales de carácter global. Esta convergencia de dinámicas ha dado lugar a un fenómeno cada vez más complejo, flexible y difícil de

anticipar, que plantea importantes desafíos para las estrategias actuales de prevención y respuesta antiterrorista.

VALORACIÓN CRIMINOLÓGICA

En el análisis del terrorismo yihadista contemporáneo adquieren especial relevancia las estructuras organizativas híbridas y altamente descentralizadas, cuya evolución ha transformado de manera significativa los enfoques tradicionales de estudio, prevención y respuesta. Este nuevo escenario obliga a replantear los enfoques clásicos, históricamente basados en estructuras jerárquicas claramente identificables, dado que las dinámicas actuales se caracterizan por su naturaleza difusa, su elevada capacidad de adaptación y la creciente dificultad para su rastreo e interpretación (Hoffman, 2006).

Visto lo que antecede, la labor de prevención se ha vuelto significativamente más compleja. Los modelos híbridos dificultan la detección temprana de posibles amenazas en la medida en que no requieren necesariamente comunicaciones directas con organizaciones terroristas ni dependen de cadenas de mando visibles o fácilmente identificables. A ello se añade la ausencia de patrones jerárquicos estables, lo que limita la eficacia de los esquemas tradicionales de vigilancia centrados en la identificación de líderes o nodos centrales dentro de una estructura organizativa. Asimismo, una parte sustancial de estos procesos de radicalización y coordinación se desarrolla en entornos digitales altamente fragmentados, donde las interacciones son a menudo anónimas, discontinuas y de difícil seguimiento para los sistemas de inteligencia convencionales (Weimann, 2016).

Uno de los principales retos criminológicos contemporáneos reside en el denominado problema de la atribución. En la práctica, resulta cada vez más complejo determinar si un determinado atentado es el resultado de una acción individual aislada, de la actuación de una microcélula autónoma o de la influencia indirecta ejercida por redes transnacionales de carácter ideológico. La progresiva superposición entre procesos de radicalización individual y la influencia difusa de entornos digitales con contenidos extremistas ha contribuido a difuminar las fronteras conceptuales entre el actor verdaderamente aislado y aquel que, aunque actúe en solitario, se encuentra insertado en dinámicas de influencia organizadas de forma informal. Esta ambigüedad repercute de manera directa tanto en las investigaciones policiales como en la respuesta jurídico-penal posterior (Nesser, 2015).

Estas transformaciones han impulsado la consolidación de nuevos enfoques teóricos y metodológicos dentro de la criminología contemporánea. Entre ellos destaca el análisis de redes sociales, que permite examinar las relaciones entre individuos, grupos y comunidades virtuales, facilitando la identificación de patrones de interacción relevantes en contextos de radicalización. De forma complementaria, se han desarrollado modelos de análisis predictivo del comportamiento, basados en el estudio de trayectorias individuales, patrones de consumo de contenidos digitales y dinámicas de interacción en entornos virtuales, con el objetivo de anticipar posibles procesos de radicalización antes de su eventual materialización en actos de violencia.

Estas implicaciones ponen de manifiesto la necesidad de una criminología adaptativa, capaz de integrar herramientas tecnológicas avanzadas y enfoques interdisciplinarios. Solo desde esta perspectiva es posible abordar de manera eficaz un fenómeno terrorista que, en la actualidad, se presenta cada vez más descentralizado, dinámico y complejo en sus formas de organización y funcionamiento.

RESPUESTA DE SEGURIDAD Y PREVENCIÓN

Las estrategias contemporáneas de seguridad y prevención frente al terrorismo yihadista han experimentado, en los últimos años, una evolución notable que se corresponde tanto con la creciente complejidad de sus estructuras organizativas como con la expansión sostenida de los procesos de radicalización en entornos digitales. En este contexto, los diferentes países han ido configurando progresivamente marcos de actuación de carácter multidimensional, en los que se integran la vigilancia tecnológica, la cooperación internacional en materia de inteligencia y el desarrollo de políticas preventivas orientadas a mitigar los factores de vulnerabilidad social que pueden favorecer la adopción de discursos extremistas (Hoffman, 2006).

La vigilancia de los espacios digitales abiertos se ha consolidado como uno de los pilares fundamentales de las estrategias actuales de prevención antiterrorista. El análisis sistemático de contenidos publicados en línea, la monitorización de redes sociales y la identificación de patrones de comportamiento potencialmente indicativos de radicalización permiten detectar señales tempranas de procesos en fase incipiente. Sin embargo, este tipo de vigilancia plantea importantes desafíos, tanto en el plano técnico como en el ético-jurídico, especialmente en lo relativo a la protección de la privacidad, el tratamiento adecuado de los datos personales y la delimitación de los límites legítimos de la intervención estatal en entornos digitales cada vez más complejos y opacos (Weimann, 2016).

De igual modo, la cooperación internacional en materia de inteligencia constituye un elemento imprescindible para dar respuesta a un fenómeno que, por su propia naturaleza, desborda las fronteras nacionales. El intercambio fluido de información entre agencias de distintos Estados permite mejorar la identificación de redes, individuos o células potencialmente peligrosas, favoreciendo respuestas más coordinadas, rápidas y eficaces. Este enfoque adquiere una relevancia aún mayor en un escenario en el que las estructuras terroristas operan de manera cada vez más descentralizada, flexible y sin una localización geográfica claramente delimitada (Lia, 2015).
Además, los programas de prevención de la radicalización han adquirido una relevancia creciente dentro de las políticas de seguridad contemporáneas. Estas iniciativas se orientan, por un lado, a la identificación temprana de factores de riesgo asociados a procesos de radicalización; y, por otro, a la intervención en contextos sociales, educativos y comunitarios especialmente vulnerables. A ello se suma el impulso de narrativas alternativas destinadas a contrarrestar la influencia de la propaganda extremista. De manera complementaria, las estrategias de intervención temprana buscan actuar en fases previas a la consolidación de dichos procesos, mediante la implicación activa de actores educativos, sociales y comunitarios que desempeñan un papel clave en la prevención y detección precoz.

No obstante, la aplicación de estas medidas no está exenta de dificultades, siendo una de las más relevantes la necesidad de mantener un equilibrio adecuado entre las exigencias de seguridad y la protección de los derechos fundamentales. El incremento de las capacidades de vigilancia y control puede generar tensiones significativas con principios esenciales de los sistemas democráticos, tales como el derecho a la privacidad, la libertad de expresión o las garantías del debido proceso. Por ello, las políticas de seguridad deben diseñarse e implementarse bajo criterios estrictos de proporcionalidad, legalidad y supervisión institucional, evitando que la lucha contra el terrorismo derive en una erosión gradual de las libertades y garantías fundamentales (Nesser, 2015).

En conjunto, la respuesta contemporánea frente al terrorismo yihadista se articula en torno a un modelo integral que combina prevención, inteligencia y cooperación internacional. Sin embargo, su eficacia real depende en gran medida de la capacidad de los Estados para mantener un equilibrio estable entre la efectividad de las medidas de seguridad y el pleno respeto al marco de garantías propias de los sistemas democráticos.

CONCLUSIÓN

El análisis desarrollado permite sostener que el terrorismo yihadista contemporáneo ha atravesado un proceso de transformación estructural de gran profundidad, evolucionando desde modelos organizativos de carácter jerárquico y centralizado hacia configuraciones híbridas y progresivamente descentralizadas. Estas nuevas formas se distinguen por su elevada flexibilidad, su capacidad de resiliencia y una notable aptitud para adaptarse a entornos cambiantes. En este sentido, no se observa una desaparición de las organizaciones terroristas en sí mismas, sino más bien una reconfiguración de sus formas de funcionamiento, que adoptan estructuras en red compuestas por microcélulas autónomas, actores individuales y comunidades ideológicas conectadas principalmente por marcos simbólicos compartidos, más que por relaciones de mando directas y formales (Hoffman, 2006; Nesser, 2015).

La evidencia analizada pone de relieve que factores como la intensificación de la presión antiterrorista internacional, la creciente digitalización de los procesos de radicalización y la globalización de la propaganda extremista han desempeñado un papel determinante en esta evolución. En particular, el desarrollo del entorno digital ha modificado de manera sustancial las dinámicas de reclutamiento, socialización ideológica y difusión de contenidos, permitiendo la circulación masiva de narrativas extremistas sin necesidad de interacción física directa entre emisores y receptores. En consecuencia, puede afirmarse que el terrorismo yihadista contemporáneo ha ido desplazándose hacia un modelo en el que la capacidad de influencia ideológica adquiere mayor relevancia que el control organizativo directo (Weimann, 2016).

A su vez, la consolidación del denominado modelo híbrido ha generado implicaciones significativas desde el punto de vista criminológico y de la seguridad. La creciente dificultad para identificar estructuras jerárquicas claras, la complejidad inherente a la atribución de responsabilidades y la emergencia de actores individualizados

o pequeñas unidades operativas han obligado a replantear de manera sustancial los enfoques tradicionales de prevención, análisis e intervención. En este contexto, la criminología contemporánea ha incorporado progresivamente herramientas metodológicas basadas en el análisis de redes sociales, así como en la detección de patrones de comportamiento en entornos digitales, como respuesta a un fenómeno que se caracteriza por su creciente dispersión y dinamismo (Nesser, 2015).

No obstante, este nuevo paradigma también plantea desafíos relevantes para los Estados y sus sistemas de seguridad, especialmente en lo que respecta al necesario equilibrio entre la garantía de la seguridad colectiva y la protección de los derechos fundamentales. La expansión de los mecanismos de vigilancia, control y monitorización requiere el desarrollo de marcos normativos sólidos que aseguren la proporcionalidad de las medidas adoptadas y el respeto efectivo a las libertades civiles. De lo contrario, existe el riesgo de que la lucha contra el terrorismo derive en una erosión progresiva de principios democráticos esenciales (Hoffman, 2006).

En definitiva, el terrorismo yihadista contemporáneo debe ser entendido como un ecosistema distribuido en constante proceso de transformación, cuya característica principal es su elevada capacidad de adaptación a contextos políticos, tecnológicos y sociales cambiantes.

Esta realidad impone la necesidad de diseñar estrategias integrales, flexibles y multidisciplinarias, que articulen de manera coherente la prevención, la inteligencia y la cooperación internacional, con el objetivo de hacer frente a un fenómeno cada vez más complejo, interconectado y globalizado.

REFERENCIAS

Europol. (2023). *European Union Terrorism Situation and Trend Report (TE-SAT) 2023*. Publications Office of the European Union. https://www.europol.europa.eu

Hoffman, B. (2006). *Inside terrorism (Rev. ed.)*. Columbia University Press.

Lia, B. (2015). *Architect of global jihad: The life of Al-Qaida strategist Abu Mus'ab al-Suri*. Columbia University Press.

Microsoft Copilot. (2024). *Herramienta de asistencia basada en IA para revisión gramatical y ortográfica del texto*. Microsoft.

Nesser, P. (2015). *Islamist terrorism in Europe: A history*. Hurst & Company.

Sageman, M. (2008). *Leaderless jihad: Terror networks in the twenty-first century*. University of Pennsylvania Press.

Weimann, G. (2016). *Terrorism in cyberspace: The next generation*. Columbia University Press.

Weiss, M., & Hassan, H. (2015). I*SIS: Inside the army of terror*. Regan Arts.